



Trinidad Jiménez y Rafael Simancas, en el centro de la imagen, durante la visita que realizaron ayer al poblado gitano de Las Mimbrenas. / KIKE PARA

## La promesa del paraíso en el infierno

**Las Mimbrenas.** Anda Trinidad Jiménez en plena formación de candidata y ayer tocaba clase de chabolismo. Con Rafael Simancas, se mezclaba entre gitanos para garantizar el fin de los poblados

ISABEL LONGHI-BRACAGLIA

**H**uele mal y sobre el terreno árido el sol refleja los destellos de la miseria. La basura inunda todo un poblado que habla caló. «Por aquí no se atreven ni a pasar los servicios de limpieza, vienen una vez cada tres meses», revela una oronda mujer embutida en ropajes negros. Como su existencia y la del resto de sus 600 vecinos en Las Mimbrenas. «Esta es la vida en el infierno» dicen quienes moran chabolas y casas prefabricadas levantadas entre cristales rotos y tapizadas con cartones de *tetra-briks*.

Nada, ni la muerte que tiñó de sangre sus calles en mayo por un enfrentamiento de clanes, extraña en este lugar. Nada, salvo la visita de un grupo de payos. Por eso, ayer todos asistían con estupor e incredulidad a una promesa de paraíso que les dejaban un caballero y una dama (completamente desconocidos para ellos) envuelta con el lazo de la precampaña electoral.

— «Estos son políticos, ¿verdad? Y la tele, ¿por qué viene aquí?»

— Son el candidato a la presidencia de la Comunidad de Madrid, Rafael Simancas, y la candidata a la Alcaldía, Trinidad Jiménez. Ambos del PSOE.

— «¿Qué es eso del PSOE? Nosotros no conocemos a estos señores de nada. ¿Usted cree que nos pueden dar pisos y sacarnos de esta mala vida entre las ratas?»

Tres sillas de una sala de espera dan la bienvenida a la ruta turística por el otro lado del estado del bie-

nestar. Allí donde las ambiciones no pasan de reunir un buen cargamento de chatarra cada día, se respira el miedo. Las mujeres miran, primero, escondidas tras las cortinas: «Vosotros sólo venís a ganar dinero, pero para nosotros no hay nada», increpa Marta (65 años, ocho hijos y 21 nietos) desde la puerta de su casa. «Aquí nunca viene *naide*, ni la poli-

cía, y un día nos vamos a morir todos. Vamos a coger las escopetas y nos vamos a matar unos a otros porque no le importamos a *naide*».

Los disparos que dejaron dos cadáveres del clan de *Los gallegos* aún retumban en su memoria y en la de los visitantes. Trajeados guardaespaldas, policía secreta («tú seguro que eres portero de discoteca», des-

cubre un chaval) y agentes de uniforme acompañan a los insignes. Sólo la carcajada de los niños que corren atraídos por los objetivos de las cámaras logra bajar la guardia de los chabolistas.

Raquel (seis años) encabeza el paseo con dos desproporcionados pechos de goma («son tetas postizas», precisa) bajo un mono vaquero. Tras ella, caminan sus abuelos y una sonriente mujer, también de pantalón y camisa vaquera, que atiende, como si estuviera en una clase sobre chabolismo, a todas las explicaciones sobre el asunto. Ofician de anfitriones los únicos tres educadores del Instituto de Realjojo e Integración Social que se esfuerzan por ayudar a los gitanos.

«¿Cuántas familias viven aquí? ¿Los niños van al colegio? Y cuando

vuelven, ¿alguien se ocupa de hacer un seguimiento?...» A Trinidad Jiménez se le acumulan las preguntas ante una realidad recién descubierta, que intenta aligerar con su permanente sonrisa. A su lado, Rafael Simancas, pantalón de pinzas y camisa a cuadros que contrastan con el polvo que impregna pieles y ropas de los habitantes de Las Mimbrenas.

«A los niños intentamos bañarlos todos los días, nosotros nos lavamos como podemos», explica una gitana, mientras un bebé con un pañal grisáceo agarra una manguera del suelo para refrescarse. Las palmas de otro grupo ameniza la escena.

Finalizado el recorrido, llega el momento de las obligadas conclusiones para los testigos invitados al esfuerzo político: «Este poblado es la vergüenza de ese Madrid olímpico que pretende vender la Comunidad y el Ayuntamiento. Aquí viven 250 familias con condiciones de marginalidad, insalubridad, de tremendo aislamiento e inseguridad, mientras Gallardón entrega los premios a la excelencia», arrancaba Simancas.

«Hay que hacer una llamada de atención sobre este Madrid oculto que sólo emerge cuando hay un asesinato», remataba Jiménez. «Tanto la Comunidad como el Ayuntamiento han sido incapaces de dar una solución al chabolismo en siete años y, mientras tanto, miles de familias viven en condiciones infrahumanas y a estos niños se les niegan las oportunidades».

Hablaban los candidatos socialistas y un coro de voces infantiles reclamaba la atención de los periodistas: «Me llamo Sulami, tengo 10 años y quiero ser peluquera... Y yo soy Pastor y quiero ser cantante como Melody...». «No, no, Melody me lo he pedido yo, que me llamo Toñi y tengo siete años y si no puedo ser cantante, pues cajera de supermercado». Siguen repartiéndose el futuro con la comitiva ya de espaldas y no pueden reprimir la pregunta: «¿Ya os vais? ¿Vais a volver?».

### «NO VOTAMOS Y SOLO CONOCEMOS AL AZNAR POR LA TELE»

En Las Mimbrenas la palabra *elecciones* suena a algo tan ajeno como una casa digna. «Estos del traje son los que se quedan con el dinero», gritaba ayer una voz masculina y anónima entre la multitud que recibía a los extraños visitantes ayer. «¡Pero si nosotros no votamos y sólo conocemos al Aznar por la tele!» terminaba de aclarar una mujer.

Una vez más, se demostraba que la realidad demasiadas veces se aleja de la política, aunque ésta intenta, justo es decirlo, acercarse. El discurso de ayer apuntaba, al menos, en esa dirección. «En la región hay 45 poblados marginales, más de 1.200 infraviviendas y cerca de 5.000 perso-



Una gitana bebe agua de la manguera de una chabola. / K. PARA

nas, entre ellas 1.800 niños, viviendo en condiciones intolerables en el Madrid del siglo XXI», subrayaba Rafael Simancas. «Por eso, si ganamos nosotros las elecciones, acabar con el chabolismo en Madrid será una de nuestras prioridades».

«Como candidatas a la Presidencia de la Comunidad y a la Alcaldía nos comprometemos a erradicar el chabolismo. Estamos dispuestos a afrontar este reto y a hacer un gran esfuerzo, porque es una obligación moral», insistía Trinidad Jiménez. «Eso, eso», aplaudían los oyentes, «que nos den pisos». Ninguno sabe que los *sanquis* en los que viven se levantaron en tiempos de Leguina.